

Augusto Iglesias

## El Goethe de mi otoño

(Continuación)

\* \* \*

Leyendas de vender el alma al Diablo a trueque de obtener riqueza y sabiduría las hay en el folklore de todos los países del mundo. Pero en el ejemplo de *Fausto* se multiplican los eruditos rastreos que trataron de localizar la «célula» o vertiente primitiva en que pudo originarse de seguida su heterogénea evolución. Y claro está que son numerosas las leyendas medievales que se han visto implicadas en las sospechas de esta búsqueda. De esta manera se han señalado paralelismos con las historias de Simón el Mago San Cipriano y Santa Justina, Enrique Cornelio Agripa, Doctor Fust, etc.

Voy a referirme sucintamente a cada una de estas cinco historias, consideradas por los eruditos como «paralelas» a la leyenda de *Fausto*. Advierto, eso sí, que sobre el Dr. Fust, el socio de Gutenberg en la hazaña del descubrimiento de la Imprenta, hablaré al

hacer el comentario de las escenas de la tragedia goetheana motivo de este comento.

Comenzaré con la primera historia de mi reciente enumeración.

\* \* \*

*Simón el Mago.*—Era este un judío de Samaria que vivió en el siglo I. D. C. A él se refiere el libro de los *Hechos de los Apóstoles* cuando habla de «un hombre llamado Simón, que de tiempo atrás venía practicando la magia en la ciudad y maravillando al pueblo de Samaria diciendo ser algo grande» (1). Parece que Simón hizo estudios filosóficos en Alejandría, centro cultural de señaladísima importancia en ese «momento» de crisis de la civilización greco-romana. En las Sinagogas y Museos de esta ciudad, se enfrenta por primera vez, en un conflicto ideológico admirable, el monoteísmo semítico con el politeísmo de Grecia y Roma, hasta entonces dominador en el mundo ribereño del *Mare Nostrum*. Según el Libro de los *Hechos*, Simón es atraído en un principio por la doctrina cristiana, y hasta recibe, como buen catecúmeno, el agua bautismal. Sin embargo, deseoso más tarde de emular los prodigios realizados por los Apóstoles, quiere obtener de ellos idéntico poder llegando a ofrecerles dinero a cambio de esa transferencia de virtudes... El texto apostólico citado nos refiere que S. Padro, ante la miserable sugerencia, monta en santa cólera y le advierte el peligro en que se halla su alma; lo que impresiona al Mago el cual pide a los Apóstoles que

(1) VIII, 9.

rueguen al Señor para que no le sobrevenga nada de lo que le han dicho.

No obstante, más tarde Simón habría dejado la fe de Cristo, dándose a la tarea de oponerse a los progresos del Evangelio. Esta fama la sientan los escritores de la antigüedad cristiana que en su mayoría, al nombrar a Simón el Mago, hablan de él como de un jefe de la secta de los gnósticos. Sea o no verdad lo que estos varones refieren, lo cierto es que el dicho Mago tuvo numerosos partidarios, y Eusebio afirma que su secta, llamada de los *simonianos*, dura hasta el siglo V.

No se trata, como se ve, de una biografía clara; y, precisamente, las obscuridades con que se nos presenta el acontecer de su vida, ha permitido a la investigación erudita sospechar la existencia de dos personajes del mismo nombre de calidades y méritos distintos. El clérigo protestante Isaac Beausobre, que publica en Amsterdam, en la primera mitad del siglo XVIII, una historia del *maniqueísmo* (1), tiene el mérito de haber planteado la duda sobre la calidad real del Simón que engendrara la leyenda cristiana. Beausobre cree que hubo dos personajes del mismo nombre; uno, el de los *Hechos* de los Apóstoles; y otro, jefe de la secta de los gnósticos.

Debo advertir sobre tal escuela o secta, vertiente del caudaloso río místico que parte de la India y se extiende por diversos cauces en el Asia preconsular, tuvo muchos partidarios. Durante siglos, para la his-

(1) Beausobre era francés, pero vivió gran parte de su vida refugiado en Alemania y Holanda, a causa de sus ideas religiosas y políticas. Su *Histoire critique de Manichée et du Manichéisme*, se publicó en Amsterdam, en 2 vols; el primero, impreso en 1734 y el segundo, en 1739; es decir al año siguiente de su muerte en 1738.

toria eclesiástica de los pueblos occidentales, fué él, en la civilización mediterránea, un florecimiento perverso de los *misterios* griegos, romanos y egipcios fundidos con una serie de supersticiones de esta índole venidas del Oriente. Pero, en realidad, tanto el *gnosticismo* como el *maniqueísmo*—la secta fundada en Persia por Manes, en la segunda mitad del siglo III—aparece hoy como un esfuerzo ecléctico de una parte considerable del sentimiento religioso de aquellos tiempos por conciliar las doctrinas del Cristianismo con la filosofía de las religiones paganas, las cuales, durante centurias, dominaron sin mayor contrapeso en esa porción romanizada del Mundo Antiguo.

Para los *gnósticos*, Dios—Ser infinitamente Bueno—por su calidad de pureza intocable, no podía tener ninguna directa relación con este Mundo del barro y el vicio. Considerando a la materia como el asiento de todo mal, no aceptaban los *gnósticos*, la creencia en una relación familiar, de Padre a hijo, entre el Creador y sus creaturas, que los cristianos infundían a sus adeptos. Esta relación existe—enseñaban los *gnósticos*, refutando a los evangelistas—pero a través de una serie descendente de elementaciones espirituales, denominadas *eones* (1), que emanan de la irradiación eterna de Dios Todopoderoso. Esta irradiación «*eonística*», a medida que se aleja del foco central, que es Dios, se debilita en sus calidades divinas y se

---

(1) Del vocablo gr. «*aiones*», que significa *edades*, *períodos*, y, también, *dispensamiento*. En el sentido que lo usaron los *gnósticos* tal vez se relaciona con «*aiei*», *siempre*; aceptada esta etimología «*eón*» debió significar en su origen «*dispensamiento*» o *emanación* divina. O bien espíritus «*permanentes*» o «*eternos*», calidad que el Cristianismo le da a los *ángeles*.

hace sensible a la Maldad hasta llegar a relacionarse con ella.

Ahora bien, uno de estos seres de la escala inferior de los *eones* hizo el Universo en la forma que ahora contemplamos. El Hombre fué formado de esa materia, por eso su mezcla inseparable de Bien y Mal, de virtudes y perversidad que comprobamos en él.

Para estos sectarios, Cristo—que era un «eón» inferior—no había redimido a los hombres *por la fe*, negación con la que implicaban la recompensa célica que Jesús prometió a los que creyeran en su misión divina por la simple virtud de su palabra («la fe te ha hecho salvo» había dicho el Maestro a los pecadores que proclamaban su creencia sin destallecimientos); sostenían ellos, al contrario, que la redención se había hecho por la *gnosis*, es decir, por el «conocimiento», de ahí el nombre de *gnosticismo* que se daba a esa doctrina.

Según los *gnósticos* los «eones» no llegan a todas las personas. En algunos hombres es tan grande la porción de maldad en su mezcla material, que éstos resultan irredimibles; otros, lo son nada más que en parte o a medias (1). Sólo aquellos que permiten ser iluminados por la *gnosis* pueden salvarse completamente.

Otra creencia de los *gnósticos* sostenían que Cristo no tuvo un cuerpo real y, por lo tanto, no pudo re-

---

(1) Esta idea de la salvación «en parte» es aceptada, en cierto modo, por los católicos con la doctrina de que los pecadores que no estén limpios de toda culpa a los ojos del Padre, deben pasar por un lugar *intermedio* de expiación entre el Cielo y la Tierra (el Purgatorio), Infierno *sin eternidad*, que la Iglesia considera entre sus creencias dogmáticas.

sucitar, puesto que no era *hombre* en el sentido material de la palabra.

Los escritores de la antigüedad cristiana consideraron a Simón el Mago como un jefe de la secta de los gnósticos. Pero, sin duda, por el mismo apasionamiento de aquellos tiempos polémicos en que el contenido doctrinario de las enseñanzas religiosas defendíanse en las diversas corrientes partidistas con sin igual ardor, Simón no es juzgado con imparcialidad por sus enemigos. Así, por ejemplo, San Epifanio acusa al Mago de haber vivido públicamente con una prostituta llamada Helena, a la que hacía intervenir en sus diabólicos planes inventándole capacidades y prodigios increíbles; lo que Beausobre explica de muy diferente manera, pues dice que Simón, con el nombre de *Helena* significaba el alma humana, «cuyo origen, estado y destino» quería pintar por medio de la alegoría de una mujer salvada por las doctrinas, motivo de su prédica, de la perdición eterna. Tratábase, pues según el escritor antedicho, no de una mujer de carne y hueso, sino de un símbolo. En cuanto a Simón, aparece arrastrando por la leyenda hasta la ciudad de Roma donde, en tiempos de Nerón, polemiza con San Pedro, debatiéndose al final de esta pugna en una viva y espectacular competencia mágica; pues, deseando probar a sus partidarios su calidad de enviado divino, superior a la del primer Pontífice, se eleva por los aires. «Mas—continúa la leyenda—por la virtud de las oraciones de Pedro, el Mago se precipita en tierra muriendo en medio de horribles alaridos...». Esta afirmación folklórica, no obstante su carácter fabuloso, tiene cierta base documental en un escritor de la Ciudad Eterna; en efecto, refiere *Suetonio* en «*Los Doce Cesares*» que en tiempos de Nerón Claudio en una

fiesta celebrada en el Campo de Marte, un hombre elevóse por los aires, para venir a caer, en el primer vuelo, «cerca del palco de Nerón», manchando la aposentaduría del César con su sangre; referencia ésta que se compadece en todo con la del retórico griego *Dion Crisóstomo* que asegura que Nerón Claudio alojó en su corte por largo tiempo a un «mago» que le había prometido elevarse por los aires ante sus propios ojos. Por último, *Eusebio*, compulsando a *San Justino Mártir*, cuenta que Simón recibió en Roma grandes honores, en donde se creía realmente que el Mago era un dios (1).

No obstante que estas referencias pueden hacerse coincidir unas con otras, los datos positivos que existen sobre Simón el Mago son tan pocos, que bien puede aceptarse la conclusión de M. de Faye sobre su historicidad. «No conocemos de Simón—dice el indicado autor—más que su existencia y su nombre. En cuanto a los *simonianos*, se puede entrever que fué una pequeña secta gnóstica, la cual, a semejanza de los ofitas (1) debe toda su importancia a las confusiones y exageraciones de la tradición eclesiástica» (2).

\* \* \*

*Cipriano y Justina.*—Con otro colorido, pero guardando siempre el necesario paralelismo—por los elementos mágicos que juegan en su fábula y por las in-

(1) Eusb.: *Hist. Ecl.* lib. 2, cap. XIII.

(1) Secta paganizante del siglo II, de la rama de los gnósticos. Su nombre deriva del nombre griego *ophis* (serpiente) porque tributaban un culto supersticioso a este ofidio.

(2) M. de Faye: *Gnostiques et Gnosticisme*. Edit. Librairie Ernest Leroux, París, 1913.

ferencias de un pacto con el Demonio—es la Historia de San Cipriano y Santa Justina. Me atenderé aquí a las palabras que sobre esta maravilla poemática recogiera de la tradición el bienaventurado Jacobo de Voragine en las dulces, ingenuas páginas de *La Leyenda Dorada*. Dice el problemático hagiógrafo medieval:

—Justina, virgen, era de la ciudad de Antioquía y fué hija de un sacerdote de los ídolos. Diariamente, sentada junto a su ventana, oía un diácono que leía el Evangelio, y al fin se convirtió. Y cuando su madre se lo dijo a su padre en su lecho, se les apareció Jesucristo con los ángeles, diciendo: «Venid a mí, yo os daré el reino de los cielos». Cuando despertaron hicieron que los bautizaran al mismo tiempo que a su hija. Y esta virgen Justina, fué durante mucho tiempo perseguida por Cipriano, y al fin le convirtió a la fe. Y Cipriano, desde su infancia, se había dedicado a la magia, porque desde la edad de siete años habíanle consagrado al diablo sus padres y era muy experto en sortilegios; convertía las mujeres en acémilas y hacía muchas otras prestidigitaciones. Enamoróse de Justina y recurrió a la magia para que ella concibiese igual pasión, bien por él o por otro individuo llamado Acladio, que también estaba enamorado de esta virgen. Cipriano, invocó, pues, al diablo para triunfar en sus propósitos sobre Justina, y el diablo acudió y le dijo: «¿Para qué me llamas?» Y Cipriano le respondió: «Amo a una virgen que pertenece al número de los galileos; ¿podrás tú hacer que yo la posea y haga con ella mi voluntad?» Y el diablo contestó: «Yo, que he podido expulsar al hombre del paraíso terrenal y arrastrar a Caín para que matara a su hermano; que hice que los judíos condenaran a muerte

a Jesucristo, y que manejo como quiero a los hombres, ¿no podré conseguir que seas dueño de una mujer y que dispongas de ella a tu placer? Toma este unguento, extiéndelo sobre la puerta de su casa y yo acudiré en seguida para abrasar el corazón de Justina de amor hacia ti y la obligaré a consentir en tus deseos». A la noche siguiente el diablo fué a buscar a Justina y se esforzó en excitar en su corazón un amor ilícito. Y cuando ella se dió cuenta, se recomendó devotamente con todo su corazón a Dios y protegió su cuerpo con la señal de la cruz; y el diablo, espantado por el signo de la cruz, huyó. Y llegóse a Cipriano y se puso en pie ante él y Cipriano le dijo: «¿por qué no me has traído esa virgen?» Y él le dijo: «He visto sobre ella un signo y me han abandonado todas mis fuerzas». Y entonces Cipriano despidió a aquel demonio y llamó a otro más poderoso. Y éste dijo: «He oído tus órdenes y he reconocido la dificultad; pero yo obligaré a Justina a cumplir tu capricho. Me acercaré a ella, abrasaré su corazón con el fuego de la lujuria y obedecerá a tu voluntad». Y entonces el diablo fué hacia Justina y se esforzó en llenar su corazón de amor y en inflamar su espíritu con una pasión impura. Y ella se encomendó devotamente a Dios y arrojó de sí toda aquella tentación con el signo de la cruz, sopló contra el diablo y lo expulsó al punto. Huyó éste todo confuso y se presentó ante Cipriano. Y Cipriano le dijo: «¿Dónde está la virgen que me has prometido?». Y el diablo le respondió: «Confieso que me ha vencido, y me da miedo decir cómo, porque he visto sobre ella un signo terrible y al instante he perdido todo mi poder». Y entonces Cipriano le despidió y llamó al príncipe de los diablos; y cuando acudió le dijo: «¿por qué es tan pequeño vuestro poder que con tal facili-

dad puede quebrarlo una virgen?» Y entonces el príncipe de los diablos le dijo: «Yo iré y la quemaré con alta fiebre e inflamaré su espíritu con todos mis ardores y verteré mis fuegos en todo su cuerpo y la haré frenética, y le presentaré diversos fantasmas y te la traeré a medianoche». Y el diablo tomó la figura de una virgen, fuése hacia Justina y le dijo: «He venido a ti, porque deseo vivir contigo en castidad, y te ruego que me digas cuál será la recompensa por nuestro combate». Y la virgen le dijo: «La recompensa es grande y el trabajo pequeño». Y el diablo respondió: «¿Qué quiere decir este precepto de Dios: «Creced y multiplicaos y llenad la tierra?» Temo, pues, querida hermana, que si permanecemos en la virginidad obremos contra la palabra de Dios y que nuestra desobediencia y nuestro desprecio a su precepto nos hagan incurrir en grave culpa, merecedora de castigo, en lugar de la recompensa que esperamos». Y entonces, por las sugerencias del diablo, el corazón de la virgen se sintió agitado por tumultuosos pensamientos y fuertemente inflamado por la concupiscencia, hasta el punto de que, levantándose, quiso marcharse. Pero pronto volvió la virgen en sí, y comprendiendo quién era el que la hablaba, se defendió haciendo el signo de la cruz, sopló contra el diablo y desapareció éste instantáneamente, fundiéndose como la cera, y ella vióse en seguida libre de toda tentación.

(Continuará)